

1/1 00 996/18

e-929/55

AÑO I.

MIÉRCOLES 20 DE MAYO DE 1891.

NÚM. 15.

EL ADALID

PERIÓDICO BISEMANAL CATÓLICO Y LITERARIO



SAN LUIS GONZAGA. PATRONO DE LA JUVENTUD

Á SAN LUIS GONZAGA,

Modelo de castidad, obediencia y humildad,

PATRONO DE LA JUVENTUD

*en el tercer centenario de su glorioso tránsito, le
dedica este número EL ADALID.*

Acógelo propiciamente,

*Santo bendito, y dadnos fuerzas y alientos para
que podamos propagar entre los jóvenes espa-
ñoles la práctica de tus obras y el ejemplo de tus
virtudes.*

Á SAN LUIS GONZAGA

DE júbilo inmenso, de satisfacción cumplida son para nosotros estos días, en los que la Congregación de Madrid ha conmemorado solemnísimamente el tercer centenario de la muerte del angélico Protector y patrono de la juventud.

Imponente y sublime ha sido el espectáculo que han dado á la Corte los jóvenes congregantes, unidos en un solo pensamiento y presentándose á la faz del mundo á dar público testimonio de su fe y piedad, de su adhesión á la Iglesia y de su amor á San Luis.

Los ángeles que en el cielo forman la Corte del Santo príncipe, no habrán podido menos de alegrarse al presentar ante el trono de Dios las súplicas, afectos y propósitos de tantos jóvenes católicos, deseosos de imitar, en la medida de sus fuerzas y de su condición, aquellas virtudes peregrinas que hicieron de Luis un tan grande Santo.

Los redactores de EL ADALID (los últimos entre todos los congregantes), asociados al general entusiasmo, hemos querido contribuir particularmente también al mayor lustre de la fiesta con este número extraordinario, que exclusivamente dedicamos á mayor honra del Santo, pues á la mayor gloria de Dios hemos dedicado nuestros trabajos todos.

Y al postrarnos hoy ante su altar para ofrecerle este pobre presente, queremos derramar nuestro corazón y pedirle gracias abundantísimas con pureza de intención, con propósito de aprovecharnos de ellas, con fe viva y necesidad extrema, como el náufrago que lucha contra la corriente para alcanzar la orilla de la patria deseada; como el viajero que, entre distintos caminos, pide luz al cielo para acertar con el que conduce

al término de su marcha; como el alma que, solicitada por distintos y encontrados afectos, se rinde por completo á la voluntad divina para que ella inspire la suya, cueste lo que costare y valga lo que valiere.

¡Santo benditísimo, que con tan extremado amor amaste á Cristo: mira cómo han puesto á su Iglesia santa, á su Esposa inmaculada, los enemigos de Dios, y pide á ese Dios que acaben los días de prueba; que mueran las herejías y errores, que tantas almas roban al cielo; que luzca pronto en el horizonte del mundo la aurora del sol de justicia, la claridad del triunfo de la Iglesia!

¡Celador de la honra divina y de sus derechos imprescriptibles: contempla la vergonzosa condición á que han reducido al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, sus enemigos, que son los tuyos; mírale preso y despojado de aquella soberanía temporal, necesaria para la independencia de la espiritual, y con tu intercesión poderosa y tus encendidas súplicas abre via este calvario; queden confundidos los enemigos del nombre de Dios, y libre y señera la verdad, vinculada en la Cátedra de Pedro!

¡Flor hermosísima del jardín de la Compañía de Jesús. Calumniada y aborrecida del mundo y de sus poderes, contéplala desde tu trono, y aparta de las naciones que tienen la dicha de poserla, el castigo durísimo de perderla por sus prevaricaciones y apostasías! Lejos de ello, que extienda sus benéficas ramas por el mundo todo, para la salvación del mayor número de almas y prosperidad de los sacratísimos intereses de Jesús.

¡Honra de España, que entre tus Santos te cuenta: repara hoy esta nación desdichadísima, porque olvidó sus deberes para con Dios; porque volvió la espalda á sus católicas tradiciones; porque se entregó atada á la masonería, que la deshonra, y al liberalismo, que la envilece; y alcanza del Señor

piedad y misericordia para ella; luz y gracia soberanas á sus hijos católicos, y perdón para todos los que armaron el brazo de la eterna ira con infames apostasías y vergonzosas descendencias!

¡Espejo de pureza y cristal inmaculado de inocencia y castidad: para todos en general, pero especialísimamente para los que vivimos en el mundo y nos honramos con ser tus congregantes, alcánzanos tal estima de esas preciosas virtudes, que nunca jamás, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de mirada, ni por obra, ofendamos á Dios nuestro Señor con pecados de impureza! ¡Antes morir que consentir en tamañas iniquidades!

¡Salva á la juventud católica, patrono y protector de ella!

La perversión de las ideas y las seducciones del error triunfante y entronizado, ponen en peligro su fe; y la corrupción de costumbres y licencia inicua para el mal, disfrazada con nombre de libertad, atentan contra la limpieza de su corazón. ¡Acórrela en tales peligros, Santo benditísimo! ¡Librala, con tu intercesión, de cometer pecado! ¡Alcánzala desprecio del mundo; espíritu de fe; amor al sacrificio; esperanza firmísima y caridad grande y verdadera!

San Luis Gonzaga:

¡Ruega por la Iglesia; por España é Italia; por el mundo todo; por la juventud católica; por tus queridos congregantes!

¡Salvanos, que perecemos!

La Redacción de EL ADALID

EN EL TERCER CENTENARIO
DE SAN LUIS GONZAGA



N pocas cosas se notará mejor la guerra que se hacen entre sí el espíritu del siglo y el espíritu de Cristo, que en los centenarios

que celebran respectivamente los hijos y los enemigos de la Iglesia.

Los centenarios celebrados por los enemigos de Dios y de la Iglesia, ora son dedicados á verdaderos héroes que merecieron bien de su patria y acaso de la humanidad, ilustrando sus nombres en gloriosas empresas, ordenadas al bien común, ora á personajes odiosos que emplearon sus talentos en pervertir á sus semejantes, corrompiendo su pensamiento y su corazón é induciéndolos á los mayores crímenes, especialmente contra la fe católica. Ejemplo de estos últimos son los centenarios celebrados no hace mucho en honor de Lutero y de Voltaire, y aun de la infame revolución del 89. Es de advertir que, aun cuando los descendientes de estos grandes apóstatas celebren alguna que otra vez centenarios para reconocer la memoria de algún héroe verdadero ó de algún peregrino ingenio, lo que verdaderamente honran y celebran en ellos son dotes y virtudes naturales, fuerzas extraordinarias de la voluntad ó del entendimiento, acciones meramente humanas, como las pueden hacer y las hacen los gentiles; en suma, elementos de este mundo divorciados del principio que les dió el sér, del espíritu que les animó y de la gloria de Dios á que ellos por ventura consagraron sus generosas empresas.

Son pues, las fiestas que hace el mundo moderno en obsequio de sus héroes, reales ó imaginarias, á esos verdaderos bandidos, viva reproducción de las antiguas apoteosis, en que se concedían honores de dioses aun á muchos que no habían sido dignos de vivir entre los hombres. Pero todavía son peores que los ciegos paganos los que en nuestros tiempos, viviendo como viven en medio de la luz, no conceden honores divinos á sus muertos ilustres, sino negándolos y procurando que otros nieguen al verdadero Dios; pues suponen en tales

fiestas que la humanidad es poderosa por sí misma para todo lo que es grande y sublime sobre la tierra, ó más claramente: que ella es el único Dios que debe ser adorado.

¿Qué otros frutos pueden esperarse de estos centenarios paganos y ateísticos, sino vana confianza del hombre en las propias fuerzas, engreimiento de su razón y albedrio, orgullo en suma, á que se siguen la desesperación y la muerte eterna?

Todo un abismo separa, pues, de estas fiestas sacrílegas los centenarios que los católicos celebran en honor de aquellos gloriosos héroes que tienen ya en sus manos las palmas de las más ilustres victorias. En estas otras fiestas, verdaderamente cristianas, es honrada la santidad propiamente dicha, es decir, aquel sér divino que hace vivir al hombre vida sobrenatural y divina, aquel sér que le enriquece con dones sobrenaturales y le confiere la dignidad de hijo de Dios y heredero de los cielos: vida es esta de amor de donde proceden las virtudes heroicas que resplandecen en los santos, con sus obras maravillosas, en las cuales se deja ver la viva llama de la caridad de que están llenas estas almas nobilísimas. Pero la santidad es obra de Dios: «Yo soy,—dice el Señor en el libro III de la *Imitación*,—el que hice á todos los santos; yo les di la gracia; yo les he dado la gloria, y yo sé los méritos de cada uno. Yo les previne con bendiciones de mi dulzura; yo conocí mis amados antes de los siglos. Yo los escogí del mundo, y no ellos á mí; yo los llamé por gracia, y traje por misericordia, y yo los llevé por diversas tentaciones; yo les envié consolaciones magníficas; yo soy el que les di mi perseverancia; yo conocí su paciencia; yo conozco el primero y el último; yo los abrazo á todos con amor inestimable. Yo soy de loar en todos mis santos; yo soy de bendecir sobre todas las cosas, y debo ser loado por cuantos he magnificado

y predestinado, sin preceder algún merecimiento suyo.»

Según ésto, cuando honramos devotamente estas obras maestras de la gracia, á quien sobre todo honramos y alabamos, es al autor de la gracia y de la gloria; y lo que realmente confesamos y proclamamos con estos honores y alabanzas, es, que sobre el orden de la naturaleza humana, viciada en los hijos de Adán, hay un orden superior, sobrenatural y divino, con el cual la misma naturaleza es restituida á su estado primero de gracia y santidad, y dignificada y elevada hasta la altura del ser divino.

Demás de esto, en nuestros hermosos centenarios pónense delante de nuestros ojos dechados insignes de la más sublime virtud y perfección, en los que se goza el alma admirando la belleza moral del sacrificio que hicieron los Santos de las cosas criadas y de sí mismos por la gloria de Dios y para el bien y la salud del prójimo; sacrificio suspirado del amor, y recompensado en el cielo con la eterna bienaventuranza. Las almas formadas en esta escuela, donde las lecciones mejores son admirables ejemplos, y donde los ejemplos son maravillas de la diestra del Altísimo, van por el camino de la imitación de tales dechados á lo más excelso de las virtudes; que este es uno de los efectos de nuestros centenarios, mover á los fieles á trasladar en sí mismos, cuanto es de su parte, el ideal de la belleza moral que celebran en los héroes cristianos, ó que á lo menos alguna imagen imperfecta de los que ya en la tierra mostraron los hermosos rasgos de semejanza con que es dado á la naturaleza humana imitar, con el favor divino, la soberana bondad del mismo Dios, ejemplar supremo y fuente purísima é inagotable de santidad y belleza.

Los centenarios católicos, por último, además de dar testimonio al orden sobrenatural, que el espíritu mo-



dero desconoce y ultraja en sus vanas apoteosis, y además de glorificar á Dios en sus santos, venerándolos y tomándolos por modelos de virtud y perfección moral, tienden á conseguir el inestimable bien de ellos, mediante el auxilio de los Santos, por cuya intercesión esperamos alcanzar gracias con que triunfar de la carne, y del mundo, y del demonio, ganando de esta suerte la corona incorruptible de la gloria. En lo cual resplandece aquella virtud fundamental que los gentiles no conocieron, y que los modernos paganos neciamente menosprecian, es á saber, la humildad, con la cual proceden juntos, dándose estrechamente la mano, el buen ánimo y la confianza que nace de creer que el hombre lo puede todo con la gracia de Dios, que nada es imposible al que ama, que esta gracia y este amor celestial descienden siempre de arriba para llenar el corazón de los que humilde y devotamente los piden por la intercesión de los Santos.

Tales son las notas principales que he podido entender en los centenarios católicos y en los centenarios naturalistas ó paganos; median entre unos y otros las diferencias que hay de lo invisible á lo visible, del espíritu á la carne, de la gloria de Dios á la vanidad de los hombres, del orden sobrenatural que resplandece con los siervos de Dios, fieles imitadores y discípulos de Jesucristo, á la que precede del espíritu de rebelión y apostasía de los que llegan al desprecio de Dios por la senda de la concupiscencia y del orgullo, adorando, finalmente, bajo el nombre de no sé qué humanidad abstracta, los ídolos en que se convierten ante sus ojos todo aquello en que se ofrece alguna manera de grandeza, aunque sea falsa ó aparente, y aunque sólo haya servido á designios culpables.

Fijándonos ahora siquiera algunos instantes en el presente centenario del bienaventurado Luis Gonzaga, fácil

será ver en él la confirmación de todo lo dicho. Porque si bien se mira, ¿qué otra cosa es la piadosa y solemne memoria que se hace de este admirable Santo, sino la contradicción más elocuente que al espíritu perverso de aquel monstruo que en el siglo mismo en que nació Luis inficionó, con su pestilente doctrina y con el aliento que salía de su pecho corrompido, la atmósfera que viene respirando desde entonces el mundo moderno? ¡Cosa notable! El mismo siglo en que proclamó Lutero el principio de insurrección en el orden espiritual, dando seguro asilo á todo pecado y corrupción á la sombra de la fe, la Iglesia, acusada por él y por los suyos de haberse hecho infiel á su misión y de haber dissipado el dogma y la moral del Evangelio, no salir de su seno santísimo y fecundísimo la admirable pléyade de Santos entre los cuales brillan con singular fulgor San Ignacio de Loyola y San Luis Gonzaga, este último ornamento, consuelo y auxilio poderoso de la Compañía que fundó el primero para la defensa de la Iglesia en suprema lucha contra el naturalismo y la impiedad, engendrados de la reforma. Auxilio, digo, de la Compañía de Jesús, porque como acabase Luis su peregrinación angélica en la flor de la edad, fué declarado Patrono de la juventud, es decir, amparo y perfecto dechado de los jóvenes á quienes la Compañía llama y recibe en piadosas congregaciones donde cultiva su corazón y su espíritu, formando generaciones castas que sean en su día «la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y el honor de nuestro pueblo.»

J. M. ORTI Y LARA.

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central.



LA LOGIA Y LA CONGREGACIÓN



CONTRADOS espíritus han solicitado siempre en opuestos sentidos al hombre desde su original caída, y en tenaz y desesperada lucha procuran hacerse dueños de su corazón. El joven es, en particular, objeto preferente de esa doble atracción, ó diabólica ó divina; nadie en su mocedad ha dejado de sentirla viva y vigorosa, llamándole con persistente empeño, ora tomando las formas de brusca sacudida, ora las de blando y sutil halago.

¿De quién será aquella vida que ya en sus albores se disputan Cristo-Dios y su enconado rival? Dueño de sus actos el hombre en virtud de la espantosa soberanía que le da sobre ellos su libre albedrío, no tardará en decidirse. Y por lo común, la senda que en sus verdes años abraza, ésta seguirá siendo la de su edad madura y de su ancianidad, á no mediar favor especialísimo de la gracia. Dícelo la Escritura y muéstralo la experiencia.

Nuestro siglo tiene para la juventud, más que otro alguno, poderosas influencias para cautivarla y secuestrarla en provecho de Satanás. Es la Revolución asechanza y emboscada especialísima para la edad juvenil. A una y otra orilla de sus floridos caminos, fascinadoras sirenas lisonjean su inexperto candor. El amor á la novedad, la exaltación de los sentimientos, la fantasía novelera y soñadora son, por otra parte, los flancos siempre débiles de la primera edad. La Logia sabe á maravilla este lenguaje de todos los hechizos juveniles, y le habla primorosamente y con indecible encanto por las cien bocas de sus periódicos, libros, dramas, círculos y academias; universal vocerío, desacorde al parecer, mas en realidad de unidad siniestra y esencialmente diabólico, que pomposamente se con-

decora á sí propio con los nombres de opinión pública, espíritu del siglo, progreso y civilización moderna.

La Congregación es, ¡oh jóvenes cristianos! la forma hoy día más natural y adecuada de la antimasonería. En medio de la turbia y alborotada corriente de acreditadas máximas perversas y de aceptadas teorías corruptoras que llenan el mundo y forman lo que podríamos llamar el gran charco social, son las Congregaciones unos como apacibles remansos de limpias aguas de verdad, en que reflejan su clarísima lumbré los cielos á través de las nieblas y vapores de la tierra, y en que hallan bienestar y paz los corazones puros, y rehabilitación y consuelo y soberanos alientos para el bien los que necesitan y anhelan purificarse.

Es de Dios, sí, es de Dios ese hábito vivificador que hace hoy día germinar y crecer y florecer y extenderse en nuestra infeliz tierra de España, abrasada por la lava del volcán revolucionario, las Congregaciones de María Santísima y de San Luis. Son de ayer, podemos decir con Tertuliano, y lo llenan ya casi todo y ostentan gallarda y robusta virilidad, sin apenas haber tenido infancia. Las hemos visto muy de cerca, ¡loado sea Dios! y nos han llenado de profunda consolación en medio de las presentes amarguras. Danles su principal y numeroso contingente las clases dedicadas á las nobles artes y á los estudios universitarios y al comercio, sin desdeñarlas el artesano y el labrador. Rezan en ellas los jóvenes, comulgan, leen, catequizan, consuelan, y unos á otros alientan con todo esto, y con el ejemplo mutuo, al santo combate de la verdad y del bien, para salvación de muchos, empezando por la de sí propios. Las aborrecen mundo, demonio y carne, pero las temen más aún que las aborrecen. Las Logias han adivinado en ellas sus opuestas *per diametrum*, y hacen cuanto pue-

den por ahogarlas. Esperamos no lo han de lograr.

FÉLIX SARDÁ Y SALVANY.



No sé escribir..... Carezco de ingenio para expresar en breves frases un concepto ingenioso y oportuno..... Pero me honráis insistiendo en que aparezca mi pobre nombre en ese vuestro periódico, que yo con tanto deleite leo..... Negarme á hacerlo sería descortesía, y poner unos renglones se considera como un tributo ofrecido á San Luis Gonzaga, á quien siempre he amado tiernamente, y cuyo amor procuro inculcar en mis hijos..... Soy viejo y vosotros jóvenes..... Soy, aunque muy indigno, profesor, y vosotros estudiantes..... No llevaréis, pues, á mal que os de un consejo.

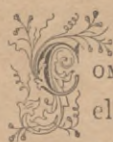
En estos aciagos tiempos que corren, en que el espíritu del mal tiene carta blanca para hacer víctimas á millares entre los estudiantes españoles, por el doble camino de la corrupción, de las costumbres y de la perversión de las ideas, es un beneficio providencial la existencia de estas santas Congregaciones de San Luis Gonzaga, verdaderas tablas de salvación en el horrible naufragio universal que padecemos. Asíos á ellas, jóvenes amadísimos, si no queréis perecer, perdiendo primero las inapreciables joyas de la pureza y de la fe, y obedeced con fidelísima prontitud los preciosos avisos de esos pilotos peritísimos que Dios en su bondad os ha deparado.

Hablo por experiencia. Debo á la Congregación de San Luis, á la que pertenecí en mi juventud, el haber conservado esa fe, don gratuito divino, no obstante las corrientes de naturalismo helador que, por razón de

mis estudios, siempre me han rodeado.

Jóvenes de San Luis Gonzaga: á luchar, que la vida del hombre es milicia; á demostrar al mundo entero, como ya lo venís haciendo gloriosamente, que se puede muy bien ser filósofos, naturalistas, literatos, artistas, sin menoscabo de nuestras santas y salvadoras creencias; antes por el contrario, hallando en ellas inspiración sublime y luz vivísima é indeficiente.

EL MARQUÉS DEL SOCORRO.
*Catedrático de la Facultad de Derecho de la
Universidad Central.*



Como en el fuego son probados el oro y la plata, los hombres aceptos á Dios lo son en el horno de la humillación. (*Eclesiástico*, cap. II, v. 5.)

Con el desprecio de sí y el amor ardiente de Dios, subió Luis Gonzaga á la gloria.

La humildad y el amor divino dan á los jóvenes fortaleza para vencer á los enemigos de Dios, y son medios para lograrles eterna corona al lado de su Santo Patrono.

S. TORRES AGUILAR.
*Catedrático de la Facultad de Derecho de la
Universidad Central.*



NECESITA el hombre en todas las edades de la vida modelos de santidad que en la tierra le guíen con el ejemplo de sus virtudes; patronos al propio tiempo que, desde el cielo, se apiaden de sus veleidades.

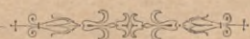
En la época presente ha de alcanzar la juventud inmensos beneficios del Patronato de San Luis Gonzaga. Angel en la pureza, mártir en la

mortificación y admirable en la humildad, debe ser espejo en el que se mire la generación actual, abstrayéndose de las concupiscencias que corrompen su entendimiento y matan su corazón.

En particular necesita tan sobrenatural auxilio la juventud estudiosa, educada en la atmósfera de una ciencia infatuada, que ha tenido el triste mérito de elevar al hombre á las alturas de lo infinito, hasta hoy reservadas á la Divinidad, y descender, rebasando el nivel de lo terreno, hasta compartir en el abismo de la materia los sobrenaturales destellos de su inteligencia con los instintos del bruto, y después renunciar á su elevada finalidad para confundirse en el caos de la nada con las existencias inferiores.

JUAN DE DIOS TRÍAS.

Congregante de San Luis Gonzaga y Catedrático de Derecho en la Universidad de Barcelona.



SAN LUIS GONZAGA EN VIAJE PARA ESPAÑA

CORRÍA el otoño de 1581 cuando caminaba de Bohemia para España una augusta señora descendiente de cien Reyes, hija del Emperador D. Carlos V, nacida en Valladolid un domingo 21 de Junio, del año 1528, biznieta del Emperador Maximiliano I, esposa ejemplar del Emperador Maximiliano II, madre de los Emperadores Rodolfo II y Matías I, y de las Reinas Doña Ana de España, Doña Isabel de Francia, y de los Príncipes de Hungría y Bohemia, Ernesto, Maximiliano, el Conde Alberto de Flandes, Wenceslao, de las Infantas Doña Leonor y Sor Margarita de la Cruz, religiosa virgen angelical en las Descalzas Reales de esta Corte, hermana del prudentísimo Rey D. Felipe II, espejo y ejemplar acabado de

Reyes íntegramente católicos y españoles, nieta del Rey Felipe I, y de la Reina Doña Juana y biznieta de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel. Aquella augusta Señora es llamada en las páginas de la historia la Santa Emperatriz Doña María. De ella fué de quien el Papa San Pío V exclamó un día: «*Grande abogada con Dios tenemos sobre la tierra, é informaciones bastantes para canonizarla en vida si fuera lícito.*»

Con esta santa mujer tan alta y de tantos títulos, tan cercada de poderío y rodeada toda ella de águilas imperiales, venía formando parte del séquito y escolta nobilísima que la acompañaba el santo niño Luis Gonzaga, no más de trece abríles á la sazón, con el Marqués su padre D. Ferrante y la Marquesa Doña Marta, amén de sus hermanitos Rodolfo é Isabel; la cual murió en esta Corte siendo dama de la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, amantísima hija del Rey Prudente. En aquel viaje memorable resplandecía como el sol Luis Gonzaga, el tan espiritual Marquesito de Castellón; porque aun en aquella su tierna edad no perdía un punto la presencia de Dios, ni el continuo meditar las verdades eternas, ni el fervor que le enardecía el pecho, ni el fuego divino que le abrasaba el corazón. El Espíritu Santo que reinaba en su alma, fué quien le hizo prorrumpir en alta mar, ante el peligro de caer en manos de turcos: «ojalá, Dios, que tengamos ocasión de ser mártires.» Y ese mismo espíritu divino le encendía y entusiasmaba todo el ser, cuando al embarcarse en Génova y después de comulgar, la comitiva en masa oyó de labios de la señora Emperatriz: «Yo os advierto que vais á un reino tan católico, que en agravio de la fe no se permite un pelo, porque la Santa Inquisición tiene el poder que merece y cuidado que debe á Dios, y no perdona á nadie. El que no fuere muy católico,

ó no se resolviere á vivir como tal, vuélvase; *porque si algo le sucediere, no podré defenderle ni ampararle.*» No estaba el Santo Oficio como instrumento ciego y mecánico en manos de príncipes y poderes seculares.

«Mirad, Señora—dijo un día en la nave el santito Luis á su madre—qué cosa me deparó Nuestro Señor!» Era una piedrecita encontrada en un escollo que parecía tener impresas las llagas de Jesús; y tomándola como aviso del cielo para imitar la Pasión de Cristo, continuó balbuceando entre dulces suspiros: «¡y luego el señor mi padre, no querrá que yo me haga religioso!»

¡Oh! ¡cómo le arrojaron el alma, y se le imprimieron ya por siempre en el fondo de ella, las palabras gráficas y admirables que al poner pies en suelo patrio pronunció entusiasmada la santa Emperatriz: ¡*Gracias doy á Dios mil veces, dijo, que me ha traído á España! Mil veces bendita sea esta tierra donde estoy, en la cual se sustenta la fe católica con tanta pureza, que no se permite contra ella ni una injuria!* ¡Qué España tan grande, religiosa y prepotente aquella, la España gigante y gloriosísima de las intolerancias y la Inquisición; y qué estado tan curro y mísero aqueste del error y de las libertades enemigas de Dios y del pueblo! Aquella mujer grande y poderosa, dejando títulos, riquezas y coronas, se encerró en el convento de las Descalzas, imitando el ejemplo de su padre el Emperador en Yuste, y convirtiéndose de emperatriz y reina augusta en pobre y humilde religiosa. Allí vivió vida ejemplar en compañía de su hermana Doña Juana, fundadora del real cenobio, y de su hija la Infanta Sor Margarita de Jesús, santas religiosas una y otra observantísimas. Desde el convento voló al cielo en 26 de Febrero año 1603, á los 74 años de su edad.

El Marquesito angelical de Caste-



Altar de la capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo de la Santa Iglesia Catedral de Madrid, desde donde la Virgen habló á San Luis aconsejándole que entrase en la Compañía de Jesús.

llón, Luis Gonzaga, siempre atento al divino amor entre asperezas, penitencias y humildad, fué nombrado menino ó paje de honor del Príncipe D. Diego, á quien arrebataron la vida unas viruelas en la mitad de Noviembre de 1583. El Obispo de Sigüenza D. Juan Manuel y el Almirante de Castilla le llevaron á enterrar al Monasterio de San Lorenzo del Escorial, octava maravilla del mundo que para espanto de cismáticos y herejes levantaba y construía su augusto padre el Monarca Prudente. Por lo demás, la vida de San Luis en la Corte y en Palacio ofrecíase como otra grande maravilla, y tal que era común en la lengua de nobles y palaciegos repetir: «el principito de Castellón no está

compuesto de carne.» Meditación continua de la sabiduría divina; estudio muy diligente de las letras humanas, he ahí la ocupación constante del castísimo joven escolar en Madrid y en Alcalá, en cuya entonces famosa Universidad arguyó con buena solidez y gran aplauso en acto teológico-literario presidido por aquella lumbrera española el P. Gabriel Vázquez, de la Compañía de Jesús.

Los Santos no conocen los respetos humanos, ni mucho menos la adulación. Hallábase un día á la ventana el Príncipe D. Diego; y como el viento le soplase demasiado recio, con ademanes altivos y enfado pueril se tornó á él diciendo: «Viento, yo te mando que no me molestes ni causes fas-

tidio.» Y oyéndolo el Santo menino Luis, se volvió al Príncipe y le dirigió estas palabras: «Puede V. A. mandar á los hombres; mas imperar á los elementos solamente toca á Dios, á quien también V. A. está obligado á obedecer.» En el año de 1583, muy próxima la fiesta de la Asunción, á la temprana edad de 15 abriles, orando el principito virgen castísimo ante la gloriosa imagen de Nuestra Señora del Buen Consejo, fué llamado con voz interior muy clara por la Inmaculada Virgen de las vírgenes, y se resolvió á entrar en la Compañía. Desde entonces cuéntole yo por espejo limpísimo y santo Jesuita. Mírense constantemente en él los jóvenes congregantes que llevan el envidiable y honroso nombre de luises; imitenle en el estudiar virtudes y saber; abrácenle intrépidos y resueltos con el estandarte de la fe católica y los principios fundamentales de la patria, y la historia por venir les contará á su vez por ciudadanos españoles verdaderamente dignos y nobles y Dios nuestro Señor, por amigos suyos moradores un día del reino perdurable celestial.

JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA,
Presbítero, Auditor del Tribunal Supremo de la Rota.

EL PAJE DE DOÑA MARÍA DE AUSTRIA

Hermosa moreneta
Verge de Monserrat
De vostra Santa casa
Ap sentiment me'n vuir
A Deu siau Maria
A Deu siau.
(Despedida de Monserrat).



Las campanas de la Catedral de las montañas de Cataluña se echaban á vuelo; era en el mes de Enero de 1551.

El Padre Abad, dignidad proclamada en tiempos del antipapa Pedro de Luna y confirmado después por el

Ad Inuicissimum Philippum Regem
Hispaniarum et
Abyssy, Gonzaga
Oratio

Si Demosthenes ille uirius incomparato nomine (ut Valerij
Maximi uerbis utar) maximè eloquentiè consummato animo
obantur apud Philippum Macedoniæ Regem, Alexandri ma-
gno Patrem, uerba facturis; in ipso orationis limine tanti
uiri presentia perturbatus deficeret uisus est Cicerò fons
eloquentiè, splendor latine linguè, in Milonis de se optime me-
ri causa, ita conuenit, ac expalluit; ac si nullum unquam
dicendi usum, copiam ue, aut eloquentiam assecutus fuisset.
Non esset mirandum profecto, Inuicissimè Rex, si M.^{us} Cicerò,
qua uinctus lenaq; cordis animo conuideret, uir ego, ac omni
meum genus tot benèficentiam uiribus absinthi sumus, prò-
sentiam

Facsimile del autógrafo de la primera página del discurso pronunciado por San Luis Gonzaga ante Felipe II.

verdadero Pontífice, salía del templo de Nuestra Señora de Monserrat vestido de pontifical, cubierto con su rica capa y ostentando su mitra y báculo, seguido de sus monjes benedictinos que arrastraban sus majestuosas cogullas.

Un inmenso pueblo coronaba las cuestas de la singular montaña catalana con sus voces piramidales, únicas tal vez en su clase, y el grito de « ¡Viva el Emperador! ¡Viva la Princesa María! » resonaba por los ecos de la montaña santa.

La cosa no era para menos.

El Emperador Maximiliano II de

Austria acababa de desposarse con su prima la Infanta Doña María, hija del Emperador Carlos V y de Isabel de Portugal, y visitaba a la Virgen de Monserrat, acompañado de su nueva esposa, para pedir a la Santísima Virgen que bendijese su matrimonio, y por esto era el repique de campanas, la salida del Abad con sus monjes y los gritos y algazara de los buenos catalanes, tan fieles a su Emperador y tan amantes de la familia de su Soberano.

La imperial comitiva penetró en el templo de nuestra celestial patrona, y al divisar a la santa imagen, el

Emperador y su nueva esposa cayeron de rodillas y besaron aquel suelo bendito.

Grandes funciones tuvieron lugar en Monserrat; pero lo que más llamó la atención de los devotos catalanes fué un paje de la princesa María, la nueva Emperatriz.

Era un joven italiano. Parecía un ángel, y en los ratos que no estaba de servicio, el bello paje los pasaba arrobado ante la imagen de la Virgen María, de esta imagen negra que, según tradición, el Apóstol San Pedro nos trajo a Cataluña como regalo de la misma Madre de Dios; y Luis

de Gonzaga, que no era otro el lindo paje, recordaba la historia de la santa imagen, veía en Monserrat la cuna de las Ordenes religiosas de la Santísima Trinidad, por el noble catalán Juan de Mata, la de la Merced, por el provenzal Pedro Nolasco y la de la Compañía de Jesús, por Ignacio de Loyola.

Estos recuerdos enfervorizaban á Luis, y el joven, en quien sus padres fijaban todas sus esperanzas, de rodillas ante la Virgen María, enamorado de ella, le daba su corazón.

Entonces un canto se oyó fuera del templo.

Eran una comitiva de devotos catalanes y unos peregrinos, que después de visitar á la Virgen María se volvían á sus moradas cantando la despedida en nuestra hermosa lengua catalana, que Luis comprendió admirablemente.

El joven tenía los ojos llenos de lágrimas, y al perderse en lontananza el coro, Luis, consolado, se unió á él y en su bello idioma italiano dijo: «¡A Dio Maria! ¡A Dio! ¡A Dio!»

Besó la tierra, enjugó el llanto que bañaba sus mejillas y fué á reunirse con la comitiva de la Princesa.

Las mejillas del joven estaban coloradas, sus ojos brillaban de alegría, y era que su determinación estaba tomada. Luis se había consagrado para el resto de su vida á la Madre de Dios.

En Madrid esta divina Señora le dijo que entrase en la Compañía de Jesús, y Luis obedeció á su Divina Madre.

Cuando más tarde en Roma en el lecho de muerte, el cual le preparara su acrisolada caridad;

Cuando en su agonía última se le apareció la Virgen María, Luis tal vez vió dibujarse en el firmamento una montaña de rocas piramidales, de extraña hechura y el eco lejano le trajo el cántico de despedida de los hijos de Cataluña y de los peregrinos

que repetían en la lengua de la tierra:

«A Deu siau María
A Deu siau.»

Repitiendo en su arrobamiento el angélico y Santo Jesuita ¡A Dio Maria! ¡A Dio! ¡A Dio! mientras que Dios, su Santísima Madre y los ángeles recogían aquella alma pura.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

Barcelona, 13 Mayo 1891.

UN CONSEJO Á MUCHOS PADRES Y UN RUEGO A NO POCOS HIJOS

NDAN muy solícitos los hombres de luces en busca de preservativos y específicos contra la tisis corporal. Grave es la enfermedad, á no dudarlo, y terrible su poder invasor; porque, si Dios no lo remedia, á la vuelta de pocos lustros, la tuberculosis habrá señoreado la mayor parte de los pulmones. Mas yo entiendo que no debieran las gentes poner menor empeño en parar los pies á otra tisis más horrenda y universal: la del racionalismo contemporáneo.

¡Pobre juventud escolar! ¡Cómo corroe y desgasta las energías de su corazón ese pútrido fermento!! ¡Cómo obscurece, y perturba, y extravía sus inteligencias ese virus letal!! Espanta contemplar de cerca sus estragos en los alumnos de los grandes centros docentes. El malestar y el desorden que introduce en las familias y en los pueblos cada uno de esos desgraciados, una vez alcanzado el título académico, es verdaderamente incalculable.

Y es lo singular del caso que existiendo un antídoto, muy de antiguo bien probado, lo tengan en olvido muchos padres, y lo rehuyan innu-

merables jóvenes incautos. Ese antídoto son las Congregaciones de San Luis Gonzaga. Convencido estoy, por experiencia larga, que la mayor parte de los estudiantes, preservados del funesto contagio en Universidades é Institutos, deben su salvación al espíritu y á las prácticas de tan preciosa institución. Permítanme que se lo diga con cristiano desenfado: si los padres se afanaran tanto en proporcionar á sus hijos el ingreso en la Congregación de San Luis, como en procurarles cómodo hospedaje, y en proveerlos de dinero, al enviarlos á las ciudades populosas, estén seguros de que se les pondrían en camino de alcanzar dos triunfos á la vez: la feliz terminación de sus carreras, y lo que vale mucho más, la preservación de su fe.

Nadie se maraville de tal afirmación. Quien á diario medita en la humanidad incomparable de San Luis, llega á hacerse inasequible á las sugerencias del propio endiosamiento; quien se propone por modelo aquel tipo de angelical pureza, aprende á luchar victoriosamente contra los halagos de la carne, antesala de los extravíos de la inteligencia.

B. FELIÚ Y PÉREZ,

Catedrático de la facultad de Ciencias
de la Universidad de Barcelona.

AN Luis Gonzaga, cuyo centenario tercero celebramos, murió en Roma á 20 de Junio del año 1591, sin haber cometido pecado mortal, ni manchado, aun de pensamiento, el cándido lirio de su virginal pureza, en opinión de cuantos le trataron y singularmente del Cardenal Belarmino, que confesó mucho tiempo al prodigioso joven. En alas del progreso y de la civilización al uso, torna el mundo al paganismo por las floridas

sendas de la sensualidad; y el santo y ostentoso recuerdo de la castidad encarnada en San Luis, es la medicina más eficaz para curarle y ejemplo el más adecuado para detenerle en su caída vertiginosa é inmundada. ¡Sálvanos, gloriosísimo San Luis Gonzaga, y salva, sobre todo, á la juventud, esperanza única de la patria, que se apiña en torno de tus banderas!

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Valencia.

Valencia 13 de Mayo de 1891.

SAN LUIS GONZAGA



ARAVILLOSO triunfo sobre la caída naturaleza del hombre!

¡Dulces violencias á la gracia de Dios, rendida por los anhelos virginales de angelical pureza!

¡Milagro de la inocencia, que se enciende en la Caridad de Cristo, poniendo sobre sus tiernos hombros cruz de tamaña mortificación, que subyuga con sus grandes ejemplos de penitencia!

¡La victoria mayor del mundo, vencerse á sí mismo luchando por el amor de Dios, contra el mayor de los propios enemigos, la concupiscencia de la carne!

.....
Esta fué la vida, y esta fué la obra del egregio soldado de la Compañía de Jesús.

Conservó, entre las tentadoras grandezas de la Corte, contra las mundanales ventajas de regia estirpe, á pesar de las fascinadoras ilusiones de una juventud halagada por todo género de seducción, viva y enamorada del cielo la fe de su alma.

No resistió á las insinuaciones de la gloria divina; y la Santa Virgen

del Buen Consejo le dió el de la vocación que había de santificarlo.

Amó á Dios sobre todas las cosas, y le consagró los afectos y las ansias todas de su corazón sin mancha.

Amó al prójimo más que á sí mismo, y le entregó su propia vida estrechando contra su pecho á los apesetados, para comunicarles con más ardorosa caridad los dulces sentimientos de su espíritu.

Y maduro para la eternidad, ya que no por los años, por las heroicas virtudes de su pureza, de su penitencia y de su humildad, Luis Gonzaga recibió en el cielo la corona digna de las victorias que ganó en el mundo.

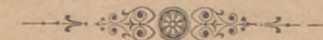
Libranos, Santo purísimo, de las asechanzas de éste, con tu especial patrocinio sobre los jóvenes de la católica España, y acuérdate también de los que ya no lo somos.

Nada eleva y fortifica los entendimientos como la pureza de los corazones; y tú, que fuiste ángel de pureza, puedes ser fecunda ilustración de la juventud estudiosa; providencial mano amiga, que arranque de los corazones las semillas del error.

Porque del corazón nacen los pensamientos depravados, y para su co-razón dijo el ignorante: *non est Deus*.

A. HERNÁNDEZ Y FAJARNÉS.

Catedrático de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza.



Señor Director de EL ADALID.



SEÑOR mío y estimado amigo: Paréceme felicísima la idea de conmemorar en EL ADALID con número extraordinario la tercera centena del tránsito glorioso de San Luis Gonzaga.

Ahora, más que en época alguna, está necesitada la Juventud del patrocinio y el ejemplo del que resplan-

deció en la tierra con pureza de ángel, porque, hoy, como nunca, es la sociedad envenenada por el Liberalismo, cortesana infame en asechanza perpetua contra la inmaculada integridad de la vida.

Sueltas y desenfadadas todas las concupiscencias, muerden como sierpes el agitado corazón del infeliz mancebo, cuyo extravío comenzó en la Escuela racionalista, y deslizan en los oídos del incauto: «¡Eres elocuente: eres sabio!» «Si rendido nos adoras y sirves, serás diputado, serás ministro; moverás con tu voz á las mayorías parlamentarias, y tendrás en tus manos los destinos del pueblo.»

Y tan milagroso como que no sucumba la doncella rodeada de seducciones y asediada de impurezas, es que no rinda la voluntad y prostituya al fin el carácter el joven, á quien la tiranía del mundo apóstata pone en la alternativa cruel de la obscuridad, y aun la pobreza de un lado, y del otro la prevaricación, la fortuna, la vanagloria....

Por esto nunca será sobrado todo lo que se haga para templar y virilizar y justificar las almas con el estímulo fortificante de las gloriosas austeridades, con el ideal cristiano de los heroicos vencimientos; ¿y qué dechado más perfecto puede ofrecerse á la imitación de la Juventud que el del Santo adolescente que supo hollar las pompas vanas del mundo, y triunfar de las tentaciones de la opulencia, y pasar intacto como el armiño sobre el cieno de las miserias cortesanas?

Doy á usted la más cordial enhorabuena por el piadoso y oportuno pensamiento, y me reitero su afectísimo amigo y servidor, q. b. s. m.

ENRIQUE GIL Y ROBLES.

Catedrático de la facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca.





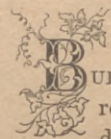
El protestantismo es la afirmación del libre examen en el orden religioso y moral; es la negación de la revelación divina y sobrenatural, el *non serviam* de Luzbel; es la declaración de guerra hecha por la criatura al Criador; es la ruptura de la armonía, el divorcio del orden natural del sobrenatural; la Compañía de Jesús, que es la antítesis del protestantismo, representa las afirmaciones contrarias al espíritu de rebelión de éste, representa el *serviam Domino*; lo que es la Compañía al protestantismo en el orden religioso y moral, es San Luis Gonzaga en el orden individual y privado como tipo ejemplar y perfecto de la vida de la Compañía, la armonía entre la tierra y el cielo; y es San Luis, á la vez, la negación más completa en la vida práctica, del espíritu que animaba la obra de Lutero, porque conviene recordar que éste desató sobre el mundo el poderío de los siete pecados capitales que convirtieron á las naciones en volcanes revolucionarios y á los hombres en bestias, como dice Hobbes.

San Luis Gonzaga representa, en la vida doméstica, las siete virtudes contrarias á esos vicios, las que convierten á las naciones salvajes en civilizadas y á los hombres en ángeles, como sucedió en las famosas Revoluciones del Paraguay; San Luis Gonzaga, renunciando generosamente á todas las grandezas humanas, á todos sus títulos, á sus honores, á sus riquezas, por seguir á Cristo crucificado, á la vez que reprendía duramente la vida sensual degradada de los corifeos de la Reforma, dió solución anticipada al problema social con su vida de abnegación y sacrificio en favor de la humanidad doliente en los hospitales con su vida de obediencia y humildad en la casa paterna y en el claustro. San Luis representa con toda su vida la solución católica al socialismo que brota naturalmente del protestantismo, aun en vida de su fundador.

El racionalismo y el liberalismo, hijos de aquél, han infundido en la vida de las naciones y en la enseñanza de la juventud el paganismo de las escuelas de Grecia y Roma; San Luis

Gonzaga es la imagen más perfecta de la escuela cristiana, que es la armonía de la razón y la fe; y si queremos sanar á las naciones modernas, preciso es restaurar la escuela cristiana y por su influencia matar el espíritu pagano que informa á todas las instituciones; las congregaciones de San Luis, imitando á su Patrono angelical deben ayudar poderosamente á tan grandiosa restauración católica.

LORENZO DE PRADA
Catedrático de la Facultad de Derecho
de la Universidad de Valladolid.



Buenos y malos, santos y pecadores, humildes y tiranos ha habido en el mundo. El nombre de los primeros aparece por sí solo en todas partes; el de los segundos es preciso buscarlos en las páginas de la historia. Pablos y Nerones siempre han existido, pero aquéllos adquieren la fama en el bautismo de agua, mientras que éstos la adquieren en el bautismo de sangre.

San Luis Gonzaga, huyendo del bullicio de las gentes, buscando el olvido de los pueblos y ocultando cuidadosamente un nombre ilustre, ha sido por todas las gentes conocido, por todos los pueblos ensalzado, y su nombre escrito en letras de oro.

San Luis no fué político, ni general, ni poeta, sino un joven humilde, obediente y amante de su Dios.

¿Cómo se explica, pues, su tan prontamente adquirido renombre?

En que no hay cosas que más se admiren juntas que la juventud y las virtudes.

PEDRO DE VILLELA.



Los objetos, por grandes que sean, cuanto más es la distancia que nos separa y más nos alejamos de ellos, más van disminuyendo poco á poco de volumen, hasta concluir por desaparecer á nuestra vista.

Esta ley inflexible del mundo físico halla también su cumplimiento en el de las ideas, pero de una manera antitética á la anterior.

En el mundo moral, cuanto mayor sea el objeto y mayor la distancia á que se

encuentre de nosotros, más aumenta en proporciones y esplendor.

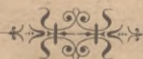
Por eso admiramos más á Alejandro que á Aníbal, á Aristóteles que á Scoto, á Homero que al Dante, á Sófocles que á Shakespeare.

Esta diferencia en el modo de cumplirse dicha ley en ambas órdenes, es un símil perfecto de la vida corpórea y psíquica. La primera que dura poco, que desaparece en seguida; y la segunda que desde que aparece va creciendo y aumentando hasta confundirse en esa grandeza sin fin llamada eternidad.

San Luis Gonzaga, hermosísima figura de por sí, nacido de noble familia, con las dichas, faustos y honores que el mundo le brindaba, retirándose por completo de éste y acogiéndose en su juventud á la Compañía, aparece para nosotros más hermoso cuando lo contemplamos desde la meseta de nuestro siglo; aumentan sus fulgores cuando al través de tantos años lo vemos florecer cubierto con la gasa de la religiosidad que lo envolvía todo en aquella mística época.

Y conforme más tiempo vaya transcurriendo, más realce adquirirá su figura; pruébalo las Congregaciones nacidas bajo su advocación, que no pueden morir, sino antes al contrario, que se multiplicarán, porque representan una serie de principios eternos é inmutables de orden y moralidad, religiosa y socialmente considerados como son los que á la humildad, obediencia y castidad se refieren.

CARLOS G. DE CEBALLOS.



SAN LUIS GONZAGA,

MODELO DE CASTIDAD



Todas las virtudes nos son igualmente necesarias si hemos de conseguir el fin para que fuimos criados. Todas, absolutamente todas debemos procurarlas, cueste lo que cueste y sacrificando varonilmente lo que nos impida conseguir las. Una sola que falte, es peor para nuestra alma que un instrumento que desafine en numerosa y concertada orquesta. Pero entre las virtudes hay unas que convienen más á una edad que á otras; que son, por decirlo así, su aroma y su perfume. Creo no equivocarme al asegurar que la castidad, así en el alma como en el cuerpo, es

la virtud por excelencia de la juventud, y sobre todo de la juventud de nuestro siglo.

No seré yo tan cándido que suponga que en siglos anteriores al actual fueron ángeles y santos las mujeres y los hombres que en ellos vivieron. Aunque principiante y novel en estudios literarios, no lo soy tanto que no haya leído algunas novelas picarescas de los siglos xvi y xvii, y no conozca algunos otros libros harto desenfadados del siglo xv, cuyos títulos no estampo aquí para que continúe en la ignorancia de ellos quien tenga esa suerte. Amante como pocos de nuestro siglo xvi, y lector continuo de los obras que entonces nos inmortalizaron, he tropezado en muchas de ellas (singularmente en las novelescas y dramáticas) con lances nada edificantes; y en las obras de nuestros grandes políticos de aquella fecha, y aun en algunas de nuestros incomparables ascéticos, fácilmente se conoce lo poco que costaba entonces perdonar las libertades de estilo, indicio seguro de las que reinaban en las costumbres de ciertas gentes.

Todo esto es verdad, y aun mucho más, que por respetos á mis lectores no digo. Pero cuando se comparan aquellos siglos de fe viva, aunque de costumbres algo sueltas, con estos tiempos de costumbres licenciosísimas y fe poco viva ó muerta del todo, convéncese uno de que jamás luchó el demonio con mejores baterías para hacernos perder la joya más estimable (aunque por desgracia no la más estimada), y que nunca tampoco debe ser mayor que hoy el cuidado y empeño que hemos de poner en que el enemigo de Dios no consiga su infernal deseo.

Desde que empieza á asomar la razón en la inteligencia del niño, suele éste encontrar en la sociedad de criados y sirvientes — á que le condenan la negligencia y descuido de ciertas madres al uso, — suele encontrar, digo, ocasiones suficientes para perder la bendita inocencia del bautismo. Dejadle crecer algo más y que sus padres lo manden á un colegio, que como no sea éste muy religioso y recogido, aprenderá en poco tiempo lo que no debiera saber jamás, y saldrá más experto y práctico en malas costum-

bres y licenciosas palabras que en Lenguas, Humanidades y Filosofía. Miradle luego que llega á las Universidades, Academias, Escuelas preparatorias y Especiales; y si sale de ellas puro é inmaculado, será una nueva salamandra que sabrá preservarse del fuego que le rodea, ó Dios, Nuestro Señor habrá hecho en su alma un milagro mayor del que hizo en tiempo de Nabucodonosor, librando de las llamas del fuego material á tres mancebos, Sidrách, Misách y Abdénago.

Y cuando, por razón de su edad, ha de tener algún honesto solaz y esparcimiento, y por necesidad ó conveniencia ha de recorrer sólo, — sin más compañía que la del Ángel de su guarda — las calles y paseos de nuestras poblaciones, ¡cuántos peligros! ¡cuántos incentivos! ¡cuántas tentaciones! Ya es el amigo impertinente que le aburre y desazona con su conversación deshonesta y estúpida, y le propone planes infames y vergonzosos; ya son las descaradas mujerzuelas á quienes, en número mayor que las plagas de Egipto, encuentra en todas partes, obligándole á volver la vista para apartar de sí tal inmundicia; ya es el cartel de teatro, que le señala los títulos de ciertas representaciones que hoy impunemente se toleran; ya es el mismo teatro, en el cual acertó á entrar para dar descanso á su imaginación, cansada por el estudio, esperando hallar allí el hermoso entretenimiento de la comedia alegre y bien intencionada, y del cual sale con la inocencia perdida, corrompido su corazón y anhelante de infames placeres que no había deseado nunca; ya es la escandalosa fotografía ó la caricatura grosera é impia; ya la novela pornográfica, el inmundo folletín ó la escandalosa y desnuda relación de ciertas vergüenzas; ya el cantar lascivo, retozón ú ordinario, los que presenta á sus ojos ú oídos, y de allí á la imaginación en copa más ó menos dorada — pero no por eso menos perniciosa — el asqueroso placer de la sensualidad impura.

Dada esta atmósfera, se comprende la degeneración física, intelectual y moral en que se halla sumida la juventud, salvo honrosas excepciones que, por lo mismo que lo son, confir-

man más esta regla general y constante. Así se ven por ahí jóvenes páliditos, valetudinarios y decrepitos, sin vigor ni energía, sin entusiasmo ni afán por nada ni por nadie, padeciendo las enfermedades más repugnantes y vergonzosas, y llevando en su semblante el sello de maldición con que aun acá en el mundo castiga el Señor á los amadores de la carne. Así se nota esa aversión hacia los estudios serios y profundos, siendo incapaces, no digo de estudiar, sino de tener siquiera en sus manos alguno de aquellos gloriosísimos *in-folios*, que eran el alimento y compañía de los alegres, pero aprovechados, estudiantes de Alcalá y Salamanca. Así se comprende que los de hoy traigan continuamente la palabra amor en sus labios, y no comprendan un ápice de lo que es y significa ese sentimiento nobilísimo, el más puro y hermoso que puso Dios Nuestro Señor en el corazón del hombre, por el cual, según dijo nuestro inmortal Calderón,

... vive más donde ama
el hombre que donde anima:

y no entiendan de más amores que el que convierte la unión de dos personas en negocios de bolsa, en papel cotizante, el aumento ó adquisición de talegas, ó aquel otro que no merece el nombre de amor, ni debe nombrarse entre cristianos.

A algunos parecerá exageración todo esto. ¡Felices ellos que no han tenido ocasión de probar la verdad de lo que digo! Los que hayan vivido entre jóvenes me darán la razón y comprenderán

que aún no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Urge, pues, que los que somos, los que tenemos el honor de ser jóvenes católicos, demos con nuestro ejemplo (predicación la más fácil y convincente) que puede practicarse escrupulosamente la castidad en medio de un siglo tan corrompido. Tenemos para ello un modelo en nuestro Santo Patrono, en nuestro queridísimo San Luis de Gonzaga.

Antes de ser llamado por Dios Nuestro Señor á su Compañía, no vivió San Luis retirado en un colegio, ni en un pueblo, ni en la soledad de los montes. Vivió en las dos cortes

más insignes de su tiempo, en la corte clásica y elegantísima del gran Duque de Toscana, Fernando de Médicis, y en la verdaderamente señorial y majestuosa de nuestro prudentísimo D. Felipe II de este nombre. Lo mismo entre las encantadas orillas del Arno que en nuestra villa y corte, supo conservar San Luis la preciosa flor de su virginidad, siendo de compleción sanguínea, por temperamento enamorado (no encogido y para poco, como errónea y generalmente se supone,) y viviendo entre damas y caballeros nada escrupulosos en materias de amor y de aventuras. Pero San Luis supo abstraerse de tal modo en medio de este bullicio que, según testifican los mismos servidores de su noble casa, vivía como un perfecto religioso en medio de las delicias de aquellos palacios, donde las comodidades de la vida tenían su asiento y dominio.

Hagámoslo así nosotros, cada cual en su posición y respectiva esfera. Imitemos á San Luis acá en la tierra, si queremos reinar con él en la gloria. Nada más injusto que querer participar de las alegrías de la victoria sin pasar por los peligros y privaciones del combate.

JOSÉ MANUEL DE GARAMENDI

RECUERDO HISTÓRICO

AN Luis Gonzaga hospedóse una vez en vida en este grandioso relicario que se llama el Real Monasterio del Escorial. Hoy, coronado en el cielo con la aureola de los santos, ha vuelto á hallar hospedaje en el monumento alzado por la piedad de un gran Rey. Vive por la devoción en el alma de los jóvenes alumnos del Real Colegio, y vive por la veneración y el cariño en el corazón de los hijos de San Agustín.

FR. CONRADO MUÑOZ SÁENZ,
Agustiniano.

Real Monasterio del Escorial, 12 de Mayo de 1891.

Á SAN LUIS

Tu recuerdo venturoso
Está de fragancia lleno;
Perfume de un ángel bueno
Que fué mártir generoso.
No sé si eres más hermoso
Querubín ó penitente,
Pues se corona tu frente
Con el laurel del atleta
Y la humilde violeta
De la virtud inocente.

J. ARGAMASILLA DE LA CERDA.

EL TERCER CENTENARIO DE

SAN LUIS GONZAGA EN MADRID

ENDITO sea mil veces el cielo, que deja ver todavía llena de vida y de esplendor esa fe vivísima y purificadora, esos ardientes entusiasmos y esos titánicos esfuerzos nacidos y empleados para mostrar al mundo, de una manera ineludible y palpable, que todavía no se ha extinguido en el pecho de la juventud la llama sacrosanta y pura de sus religiosos sentimientos!

Aún hay esperanza; aún podemos augurar á nuestra patria días de felicidad y de ventura. Aún nos resta cierta certidumbre de poder llegar á ver los albores de un día de esplendidez y de grandeza; porque la generación que el día de mañana ha de regir á la familia y á la Nación, camina por el sendero de la verdad inmaculada, piensa con arreglo á la naturaleza de su razón y obra conforme á las leyes del Legislador divino. Y esto que hoy el joven piensa y obra, constituye las bases de un programa sociológico cuyo desenvolvimiento y realización se ha de verificar cuando los años pasen, cuando tengan canas en la cabeza los que hoy no conocen más blancura que aquella de la inocencia.

El mundo puede regenerarse; pero las regeneraciones suponen un sacrificio y un esfuerzo, y los esfuerzos son hijos de la virilidad, del calor y de las energías propias, no de la caducidad y de la vejez, sino de la juventud.

Y que esta juventud existe y que existe llena de entusiasmo por su Dios, lo prueban de una manera incontestable las fiestas celebradas por la Congregación de San Luis Gonzaga y de Nuestra Señora del Buen Consejo de esta Corte, para conmemorar el tercer centenario del glorioso tránsito de su excelso Patrono, fiestas de las que daremos una ligera idea en las siguientes breves líneas.

El domingo 17, á las diez de la mañana, era imposible penetrar en la iglesia de San Luis, completamente llena de gente, en medio de la cual y formando una larga línea, desde el altar mayor hasta los pies del templo, veíanse hasta cuatrocientos congregantes, que, con su medalla al cuello y fervorosa y religiosa unción, esperaban que diese comienzo el santo Sacrificio. Todos los altares se hallaban decorados con suma riqueza y gusto, y especialmente el mayor, cuajado de multitud de luces en combinación caprichosa, cubierto de olorosas hojas y flores extendidas por la gradería y el pavimento, y ostentando en lo alto la magnífica estatua de San Luis Gonzaga, regalo de S. M. la Reina Regente.

Ofició de pontifical el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de Madrid, á quien asistieron los señores cura de San José, Resurrección, Balanzat, Quesada, Campillo y Ramos, y ocupó la Sagrada Cátedra el ilustrado jesuita P. Lasquibar, que de un modo elocuentísimo y patético fué considerando el sepulcro de nuestro Santo Patrono, iluminando, regenerando y triunfando: iluminando con los rayos de la fe, regenerando con el perfume de sus virtudes y triunfando con la esperanza de la victoria.

La Misa cantada este día fué la Misa en *do* de Beethoven, que aunque no tan célebre como su Misa solemne en *re*, la que se oyó por primera vez, al mismo tiempo que su gran sinfonía, es, sin embargo, tan poco conocida del vulgo de los aficionados como aquella, pero hermosísima y digna de la pluma del inmortal compositor.

Obra tan difícil ha podido ser tan bien interpretada por jóvenes que no son músicos de profesión, gracias á su constante empeño en llevarla á cabo, y sobre todo al *celo*, *inteligencia*, *laboriosidad* y *talento* del Sr. Vallejos, ya conocido por el público de Madrid como eminente pianista y que desde hoy lo será como compositor y maestro.

No haremos un análisis detenido de la Misa, por ser imposible; sin embargo, diremos que el *kirie* es notable por el hermoso desarrollo que da al pensamiento *base* de todo él, con una unción religiosa serena y persuasiva.

El *Gloria*, que puesto en parangón con el *Credo* palidece algo, es, sin embargo, muy bueno musicalmente considerado.

Las palabras *qui tollis peccata mundi, miserere nobis*, están magistralmente interpretadas, y todas las voces moviéndose independientes producen un efecto mágico.

El *Credo* es admirable; tal vez sea algo dramático, y algunos encontrarán defecto en esta cualidad; para mí expresa, en cuanto es dado al lenguaje vago de la música, cuanto siente un alma cristiana al contemplar los dogmas sacrosantos de la religión. Donde Beethoven se ha excedido á sí mismo es, en mi modo de ver, en el *incarnatus* hasta el *resurrexit*. Nadie puede pedir más inspiración ni más ciencia.

El *Sanctus* es de un sabor muy religioso y el *Agnus* tiene el defecto de ser demasiado largo, si largo puede ser algo de Beethoven.

En el mismo día, á las cuatro y media de la tarde, en el Salón del Conservatorio, y ante un numeroso y escogido público que llenaba todas las localidades, celebróse la velada literario-musical, desempeñada toda por jóvenes congregantes y con arreglo al siguiente programa:

PRIMERA PARTE

1.º Discurso preliminar, D. Esteban Crespi de Valldaura.

2.º *Coro*: Cántiga de Alfonso el Sabio, dirigido por el Sr. Vallejos; Maestro Eslava.

3.º *a* San Luis en Zaragoza; D. Gregorio García Arista.

b San Luis en la corte de España; D. Joaquín Argamasilla de la Cerda.

4.º Allegro, para piano, de Mendelssohn; Sr. Larrea.

5.º *a* Abnegación y sacrificio de San Luis; D. José López Alonso.

b La voz del alma; D. Carlos Gutiérrez de Ceballos.

6.º *Coro*: El amanecer, dirigido por el Sr. Vallejos; Maestro Eslava.

SEGUNDA PARTE

7.º San Luis en la Universidad de Alcalá; D. Francisco Silva y Fernández de Henestrosa.

8.º *Coro*: La Caridad, dirigido por el Sr. Vallejos; Rossini.

9.º *a* San Luis y Felipe II; D. Cristóbal Botella.

b Alegoría; D. Carlos Gutiérrez de Ceballos.

10. *a* Adagio cantabile de Gorriti, para harmonium; Sr. Busca.

b Les Noces Basques de Lefebvre-Wely, para harmonium; Sr. Busca.

11. *a* San Luis ante la Virgen del Buen Consejo; D. Esteban Crespi de Valldaura.

b El último adiós al mundo; D. Justo Eguía y Ruiz.

12. Diálogo en el Cielo entre San Estanislao y San Luis, por los niños Gullón y Luján.

Coro final: Himno á San Luis Gonzaga; Sr. Vallejos.

Todos, tanto músicos como poetas, cosecharon multitud de aplausos, tributados por un público delirante y loco de placer, al contemplar aquella pléyade de jóvenes, dedicados con todos sus esfuerzos y con toda su ciencia á enaltecer el esplendor de la Congregación y la gloria de su Patrono, sin temores vanos y pueriles y sin miedo alguno *al qué dirán* de esas gentes que, sin corazón y sin conciencia, toman á risa y á chacota lo que ellos no pueden admirar, por no alcanzar á comprenderlo.

Como no está en el programa, tenemos mucho gusto en hacer constar que el congregante Sr. Rato y Vázquez Queipo cantó con hermosísima voz de barítono dos piezas italianas, que tuvieron que ser repetidas á instancias del público.

El lunes 18, segundo día del triduo, y celebrando la Misa el Rdo. P. Granero, Provincial de los Jesuitas, cantóse la Misa de Eslava en *mi bemol*. Es muy conocida, y vulgarmente se la llama misa de bajos. Hermosísima y todo como es, algo palidece al lado de la de Beethoven, y creemos que tal afirmación en nada rebajará la fama del ilustre compositor español, que era el primero en reconocer el mérito de los grandes compositores italianos y alemanes. Pero Eslava, aunque menos rico, es siempre el maestro severo, lleno de majestad y unción religiosa, aprendidas, sin duda, no poco, en los músicos de nuestro siglo de oro.

Notable fué el sermón que predicó el Rvdo. Padre Fidel Fita, de la Compañía de Jesús y académico de número de la Historia, quien en el *Boletín* de dicha corporación ha publicado eruditos é interesantes detalles sobre S. Luis Gonzaga, y que ayer amplió desde el púlpito. Después de hablar de la ilustre cuna del Santo, dió noticias de una carta existente en el archivo de la Diputación de Barcelona, en la que S. Luis comunicaba á su hermano el placer con que venía á España, relató las fiestas celebradas en Alcalá cuando se descubrieron los restos de S. Diego, y á las que S. Luis asistió.

Dijo que el primer matrimonio hecho en nuestra patria con arreglo á los Cánones del Sacro-santo Concilio Tridentino fué el de los padres de nuestro Patrono, y que un hermano de éste fué también el primero cuya partida de bautismo, que se halla en la iglesia parroquial de San

Martín, se extendió con arreglo al nuevo Calendario gregoriano. Habló de Felipe II y de su tiempo, de las ideas y de la religiosidad de aquella época, y todo con tal serie de razonamientos y acopio de pruebas y de hechos, que su oración resultó un trabajo piadosísimo, erudito é interesante.

A las tres de la tarde del mismo día y también en el teatro del salón del Conservatorio, dió comienzo á la representación del drama en tres actos, en verso y original de nuestro compañero de redacción y congregante D. Justo Eguía y Ruiz, titulado *El Ángel de Castellón*.

El reparto era el siguiente:

PERSONAJES

Luis Gonzaga. — D. Guillermo Gullón.

Rodolfo Gonzaga (hermano de Luis y Marqués de Castellón). — D. José López Alonso.

Vicencio (Duque de Mantua y primo de Luis y Rodolfo). — D. Manuel Pastor.

Florián (Capitán de los tercios castellanos, residente en Castellón). — D. Carlos González.

Maurino (Caballero flamenco y secretario de Rodolfo). — D. Cristóbal Botella.

Manfredo (Caballero mantuano). — D. Joaquín Argamasilla de la Cerda.

Beato (Criado confidente y ayo antiguo de Luis). — D. Mariano Andrade.

Roldán (Caballero de Castellón). — D. Gerardo Martínez.

Federico. — D. Julio de la Mata.

Caballero 1.º. — D. Miguel Alarcón

Un soldado.

Un paje. — D. Manuel Cárdenas.

Caballeros, conjurados, monteros, soldados y pueblo.

El argumento de este drama está basado en un interesante episodio de la vida de San Luis Gonzaga cuando éste era ya Jesuita y estudiaba en el Colegio Romano.

Muerto ya para entonces el Marqués su padre, Rodolfo, hermano segundo de Luis, había sucedido á aquél en el marquesado.

Falleció D. Horacio Gonzaga, señor de Solferino, dejando por sucesor á don Vicencio, Duque de Mantua y primo de Luis y Rodolfo. Pero éste que, por ser sobrino de D. Horacio, se creyó con mejores derechos al Señorío, acudió en queja al Emperador, del cual era feudo Solferino. Vióse en Praga el pleito, y la sentencia favoreció á Rodolfo. Mas como algunos palaciegos infiltrasen en el ánimo de los dos primos dudas y recelos mutuos, Vicencio se negó á cumplir la sentencia de Praga que le obligaba á devolver á Rodolfo el Señorío, y comen-

zó entre ambos primos un cambio de sospechas y cargos que terminaron en odio irreconciliable.

Con ánimo de reconciliarles se pusieron de por medio nobles de la familia y extraños, Prelados y hasta monarcas. Nada pudieron conseguir, y entonces, desesperanzados y temiendo un desenlace triste, las madres de los contendientes, doña Marta Tana Santena y doña Eleonora de Austria, impetraron y alcanzaron del General de la Compañía de Jesús que Luis fuese á apaciguarlos.

Sobre la ida de Luis á Castellón está fundada la acción material del drama, con la cual se entrelaza otro episodio también histórico en el fondo: el de los amores de Rodolfo con una joven noble de Castellón, amores enérgicamente reprimidos por el angélico joven jesuita.

La acción moral no es histórica, pero está justificada por el hecho cierto de que existían por aquel tiempo en Italia, y se introducían hábilmente en los palacios de los príncipes en calidad de secretarios y otros oficios, muchos instigadores protestantes que utilizaban las discusiones ó malas costumbres de los príncipes para implantar en Italia sus ideas abominables.

Esta lucha de intereses religiosos, forma la esencia de la fábula dramática.

Por no ofender la modestia del autor, y no siendo nosotros los llamados á juzgar su obra, por tratarse de un cariñoso compañero, diremos solamente el efecto que produjo. Éste fué grande é inmenso: una continuada ovación, una serie no interrumpida de aplausos al final de todos los actos, teniendo que presentarse en escena, y una multitud de aclamaciones en los pasajes críticos y situaciones dramáticas y pensamientos vigorosos de que se halla matizada toda su obra.

De la versificación poco hablaré. Todos los lectores de EL ADALID conocen al Sr. Eguía como poeta. Pues en el drama es el mismo escritor inspirado, correcto y castizo, y más si cabe aún que en el periódico.

Los actores estuvieron todos muy bien, de tal suerte, que parecían habituados ya á las lides de la escena, interpretando todos á maravilla y dando vida y realidad á sus respectivos papeles.

Para fin de fiesta se puso en escena el sainete *La Escuela sin Catecismo*, que también fué magistralmente representado bajo el siguiente reparto:

Personajes y Actores: D. Judas (*Maestro de Escuela*): D. Rafael Martínez.

D. Cirilo: D. Rafael Stuyk.

D. Silvestre: D. Manuel Cárdenas.

D. Bonifaz: D. Gonzalo Morales.

D. Canuto: D. Senén Vega.

Pedro: D. José María Jover.

Alberto: D. Francisco Luján.

Juan: D. Angel Aldecoa.

Nicolás: D. Luis Mesonero Romanos.

Guardia 1.º: D. José María Martínez.

Guardia 2.º: D. José María Díaz Capiella.

En los entreactos, el Sr. Rato hizo las delicias del público cantando diversas piezas.

La concurrencia á esta velada, tan numerosa y escogida como la del domingo. En ambas, entre otras familias vimos la de los señores Duques de Villahermosa, Granada, Solferino y Vistahermosa, la de los marqueses del Busto, Socorro, Cubas, La Granja, Lorenzana, Lema, Pacheco, Romana, Villatoya, Aguila-fuente, Villafuerte y Valmediano, la de los Condes de Orgaz, Guaqui, Villares, Gondomar, Cerrajería, Viamanuel, Casa Irujo, Nieves, Tejada de Valdosa, Fuenclara, Estrada, la del Vizconde de Alcira y la de los señores Florez Calderón, Moyano, Araus, Taberner, Bustamante, Aparici, Maura, Vinader, García Romero, Aguilera, Bermejillo, Avial, Silva, Zabal, Nocedal, Cárdenas, Rodríguez Gálvez, Arcos, Lleget, Gallego, Castro, Fernández, Bejerano, Andrade, Gullón, Ibarrola, Mata, Ramerí, Guijarro, el auditor de la Rota Sr. Fernández Montaña, Mons. Vico, el Rector del Seminario, el Dean Magistral y Lectoral de esta Santa Iglesia Catedral y otros muchos que no recordamos.

En el momento que trazamos estas líneas comienza la Misa, del último día, y de ésta, como de la procesión de esta tarde, que promete estar suntuosa, daremos cuenta en el próximo número.

Para terminar, damos las más expresivas gracias en nombre de la Congregación al Sr. Díaz Guijarro, Ecónomo de San Luis, por el celo con que ha preparado la iglesia, lo mismo que á todas aquellas personas que la han honrado, ya con su trabajo, ya con otros medios, cualesquiera que sea su clase, contribuyen lo al mayor esplendor de estas fiestas.

Que Dios se lo premie, como premia las buenas acciones de las almas caritativas.

C. G. DE C.

A SAN LUIS GONZAGA

Dame, San Luis, el dón de castidad
En estos años de mi juventud,
Y que guarde con gran solicitud
Tesoro tan precioso en tal edad.

No me venza jamás la ociosidad
(Peligro grande para la virtud),
Y halle siempre dulcísima quietud
En María, que es Madre de bondad.

Como prueba de amor, procuraré
Muera el pecado para siempre en mí;
Firme con mis pasiones lucharé:

Y pasando mi corta vida así,
Al morir, con fervor, te pediré
Gozar el premio eterno junto á tí.

JOSÉ MANUEL DE GARAMENDI.

ADVERTENCIA

El presente número extraordinario, se vende á 20 céntimos ejemplar.

Para vendedores y corresponsales, mano de 25 números, 3,50 pesetas.

EL ADALID

PERIÓDICO PARA LA JUVENTUD
BISEMANAL, CATÓLICO Y LITERARIO

Se publica los miércoles y sábados.

Administración: Espoz y Mina, 6, segundo dcha.
Horas de despacho: De una á cinco de la tarde.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid y provincias.

Trimestre.....	2,50	pesetas.
Semestre.....	4,50	íd.
Año.....	8	» íd.
Número suelto.....	» 5	íd.
Mano de 25 números para vendedores y corresponsales.....	» 75	íd.

Ultramar y extranjero.

Un año.....	15	íd.
-------------	----	-----

NOTA. Las suscripciones directas en libranzas, letras de fácil cobro ó libranzas especiales para la prensa, deberán pagarse por adelantado.

Madrid. — Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5